

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 24 DE AGOSTO DE 1914

Núm. 1.704

EN LOS COMIENZOS DE LA GUERRA AUSTROSERVIA



Soldado servio invocando la protección de sus Santos, dibujo de Arturo Garratt

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *El beso de la gloria*, por José Pablo Rivas. — *La guerra europea. Documentos históricos.* — *La guerra europea.* — *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). — *Melilla. Exámenes en la Escuela indígena.*

Grabados. — *Soldado serbio invocando la protección de sus Santos*, dibujo de Arturo Garratt. — Dibujo de Carreres, que ilustra el cuento *El beso de la gloria.* — *S. M. el emperador Francisco José I de Austria.* — *S. M. el tsar Nicolás II de Rusia.* — *S. M. el emperador Guillermo II de Alemania.* — *S. S. el Papa Pío X.* — *S. M. el rey Jorge V de Inglaterra.* — *S. M. el rey Alberto I de Bélgica.* — *Sr. Poincaré, Presidente de la República francesa.* — *La guerra europea. Mapa parcial de Europa.* — *Ocho fotografías de la guerra europea.* — *Manifestaciones patrióticas en París y en Berlín.* — *Repatriados italianos en la frontera de Suiza e Italia esperando los trenes que han de conducirlos a su patria.* — *Repatriados españoles procedentes de Francia acampados en el paseo de Isabel II.* — *Melilla. Exámenes en la Escuela indígena.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acababa de leer los relatos de lo que en París acontece, más o menos exagerados, más o menos vistos al través de unos anteojos sombríos (aun cuando nunca lo son bastante los que dan la visión de las penalidades de la guerra) y me representaba a París sin luz; sin la alegría de sus restaurantes, de limpias servilletas y cucos ramitos de flores; sin la fastuosa coquetería de sus espléndidos Almacenes, hoy convertidos en hospitales de sangre; entregado de noche a la rapacidad del apache siniestro, al cual se declaran impotentes para combatir, en horas críticas, los encargados de guardar el orden en las grandes urbes; cerrados los rumorosos teatros, apagadas las luces de la rampa, ya caídas de su pedestal las famosas (aunque tan medianas y afectadas) actrices parisienses, en dispersión los modistos, en quiebra los Bancos, por las nubes los comestibles, las familias temblorosas, en espera de la ruina o la muerte de un ser querido, y toda la ciudad bajo el peso de las tristísimas circunstancias. Y cuando estas imágenes ocupaban mi cerebro, he aquí que el correo me trae un paquete...

* *

El paquete venía de Francia..., del mismo París. Era un paquete de semillas, pulcramente envueltas, bien acondicionadas, remesa de la casa Vilmorin Andrieux... En medio del pánico, con la amenaza de la guerra encima, el trabajo, ese trabajo francés tan seguido, tan inteligente, tan delicado, proseguía, aprovechando la menor circunstancia para afirmarse, para conservar la clientela.

Yo había hecho mi pedido dos días antes de la declaración de la guerra, en la cual nadie creía; y, al declararse ésta, supuse que la casa del célebre florista no volvería a pensar en su gentil comercio hasta que el huracán hubiese pasado...

Al ver su perseverancia, su tranquilo cumplir, sentí un momento ese entusiasmo por Francia, que tantas veces he experimentado, ante la demostración de su laboriosidad industriosa, que tenía entre las manos, en forma de paquetito color de tierra, cuidadosamente preparado, a fin de que no se pierda ni se estropee la mercancía...

* *

Es bonito, dígame lo que se quiera, este aspecto del carácter de Francia, de su alma colectiva. Yo creo que hasta respeto debe infundir. Sí, respeto merece el paquete de semillas. Siembra de trabajo, germinación de bienestar, de riqueza, de esa prosperidad económica que permite, en un momento angustioso, hacer frente a las contingencias de una guerra y de una invasión. La Francia que trabaja es el verdadero obstáculo en que se estrellarán los alemanes, si fuese su propósito acabar con tan gloriosa nación.

Mientras el humilde paquetito de simientes de repollo, col y cebollas llega felizmente a su destino, los viajeros, los españoles se repatrian en medio de fatigas sin número, de sufrimientos graves. En trenes militares, de pie, habiendo tenido que dejar su equipaje, sin permitirles llevar consigo ni una maleta de mano ni un saquillo ni nada, vienen des-

de Suiza y Bélgica, Holanda y Alemania, hasta la frontera de Irún.

Lamentable odisea, que termina con el regreso a la casa propia, al hogar tan alegremente abandonado pocos meses antes, para salir a distraerse, a pasearse por Europa, sin sospechar que bajo los pies ardía con volcánico ardor el suelo, y sobre las cabezas se cernía la negrísima nube preñada de muerte y de horror...

* *

Y entre el estrépito de los acontecimientos ya sucedidos y el presentimiento y recelo de los que se preparan y todo el mundo teme — ha pasado casi inadvertida la muerte de Lemaître...

Yo hasta no sé si se ha confirmado, y si no va a resucitar el eminente escritor, como diz que resucita un personaje bien distinto, el Manesmann fusilado en los relatos de la prensa, por un delito propio de otros tiempos, en que el patriotismo, que hoy debe ser una convicción para todo racional, era un instinto ciego y furioso, grandiosamente bárbaro. Creíamos que esos Manesmann, de los cuales se ha hablado tanto hace algún tiempo, cuando vinieron a sobajarnos a Madrid, eran algunos especuladores y tratantes, que buscaban redondear su ya no muy cuadrada fortuna; y cádate que nos resultan (si todo lo escrito sobre el caso no es un superior infundio) unos patriotas del género de aquel boticario, cuya existencia no está probada, pero que, por su color local, fué muy del gusto de novelistas y cuentistas, y que envenenó la cena dispuesta para los oficiales franceses que alojaba, allá en 1808, y como ellos sucumbió entre atroces retortijones y cólicos mortales. Los Manesmann, según fama, echaron una cantidad respetable de *mort aux rats* en las sacas de harina destinadas a la alimentación del ejército francés. *Si non é vero...* De todas suertes, y conocida por acá la tendencia de los Manesmann, no extraño que los franceses les quieran a cien leguas de sus colonias.

* *

A reserva de que se confirme o no la muerte de Lemaître, digamos que, si en el momento presente, Francia piensa en cosas muy distintas de la literatura, con Lemaître no deja de perder, no diré una provincia del territorio, pero sí un dominio especial del pensamiento.

Julio Lemaître nació en Turena, país legítimamente *gaulois*. No tiene más biografía que la literatura; y nótese que esto ocurre con muchos escritores de esta época, mientras los del romanticismo tienen siempre a su disposición tres o cuatro aventuras que adornen y dramaticen sus mocedades. El único drama que aparece en la vida de Lemaître es el de la conciencia, que Renán resolvió dejándose atrás su fe y sus anhelos espirituales, y Lemaître, con una filosofía a lo Petronio — un Petronio genuinamente francés.

* *

En cerca de los setenta frisaría ya Lemaître. Había empezado sus estudios en un Seminario, cerca de Orleans; los continuó en París, en otro Seminario; entró luego en la Escuela Normal Superior; fué profesor en varios Liceos, Escuelas y Facultades, y contaba veinticinco años cuando empezaron a llamar la atención sus primeros estudios de crítica en *La Revista Azul*. Por entonces también insertó en la misma Revista una novelita profundamente escéptica titulada *Serenus, historia de un mártir*.

Pensó al principio dedicarse a la enseñanza, pero la literatura le ofreció más risueños horizontes. Publicó su correspondiente tomo de versos y alternó las novelitas breves y las obras teatrales. Acaso yo sea injusta con el teatro y la novela de Lemaître, pero estoy por no hacer caso sino de su crítica.

Sus mejores artículos están reunidos en varios tomos, titulados *Los Contemporáneos*. Son de aménisima lectura, de punzante y a la par benévola y sonriente ironía, de una gracia delicada y velada, y de un buen sentido que a veces descubre, más que al francés embebido en Voltaire, al latino contemporáneo de Horacio. Y en todo es horaciano el insigne escritor.

* *

Lo curioso es que, habiendo Lemaître sido uno de los que más sintieron la influencia de Renán, se estrenó en la crítica con un indignado artículo contra el autor de *La Vida de Jesús*. Adhiriéndose a opiniones de Sarcey, declaraba Lemaître que Renán

en sus lecciones y cátedra se burla de su auditorio, se burla de sus lectores, se burla del mundo entero, y que verle y oírle, origina una profunda decepción. Y poco después de este artículo no tiene más brillante discípulo Renán que el convertido Lemaître.

El renombre que adquirió Lemaître debiólo a los dones que gratuita y caprichosamente reparten las hadas, y sobre todo, al encanto de una prosa que, sin ser perfecta desde el punto de vista clásico, es capciosa y atractiva cual no otra. Revoloteando sobre los asuntos, tomando pie de ellos para digresiones entretenidísimas, derrochando ingenio y agudeza, nadie diría que procede de la aburrida y saturada pléyade de los *normaliens* este deleitoso *causeur*, la cosa más distinta del pedante colegio. Lemaître encarna el ideal del cronista, puesto que, sin gravitar nunca sobre un asunto, lo sugiere de un modo excitador para el pensamiento.

* *

Y en realidad, Lemaître, enemigo de sistemas, tiene su sistema crítico. Negando el dogmático, crea un dogma negativo. La crítica, según Lemaître, no puede aspirar nunca al dictado de ciencia; la crítica, como doctrina, es vana; hay pues que tomarla como arte, el arte de gozar de los libros, y, por medio de ellos, enriquecer y afinar la sensación. No hay nada estable, y menos eterno; el mundo cambia y cambiamos nosotros con él. Y basta que varíe el espíritu que refleja el objeto, para que sólo se pueda responder de una impresión transitoria. El crítico no debe arrogarse autoridad; las obras desfilan ante el espejo de su mente, y como el desfile es largo y el espejo cambiante, cuando desfila por segunda vez una obra, ya es distinta la imagen que proyecta.

El sistema es cómodo y grato, y tuvo que suscitar numerosos adeptos. Cualquier gacetillero podía aplicarlo, escudándose con tan ilustre precursor. Sólo que, cuando las cosas son excesivamente cómodas, hay que desconfiar de su solidez. Son como los muebles y zapatos viejos, comodísimos, por lo mismo que les falta resistencia.

* *

El eje de la crítica de Lemaître es una curiosidad incesante, un interés vivo y superficial a un tiempo, la esencia del *dilettantismo*. Lemaître se declaró a sí propio el Don Juan de las letras.

Y es un caso Lemaître de una tendencia (que casi llamo vandálica) de muchos espíritus en el momento presente: no le interesa lo antiguo; no tolera el pasado. Sólo los autores modernos le importan. Es, por excelencia, el crítico de *Los Contemporáneos*.

Es, además, como tantos, un epicúreo. Su crítica es la crítica del goce. Naturalmente, no se trata de un secuaz de Epicuro de la especie porcina, que el poeta latino estigmatizó. Como el verdadero Epicuro, Lemaître profesa la templanza, detesta la violencia, quiere la virtud amable, y declara que los sentidos han de ser mandados y no mandar en nosotros. En suma, para Lemaître, como para Epicuro, el objeto de la sabiduría es la realización de la felicidad.

Por su concepción de la crítica, y más todavía por su manera de exponerla y expresarla, Lemaître es uno de los maestros del último tercio del siglo XIX, y ha influido poderosamente en una generación impregnada de impresionismo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La pereza hace que todo sea difícil; el trabajo, que todo sea fácil. El que se levanta tarde se agita todo el día y comienza a cuidar de sus negocios cuando ya es de noche.

FRANKLIN.

El mal moral no existe más que en las relaciones falsas que se establecen entre los seres o que los seres establecen entre sí.

SAN AGUSTÍN.

La imaginación no es enemiga de la ciencia sino en cuanto opera sin la razón, es decir, arbitrariamente sin otra regla que el capricho; con la razón es el auxiliar mejor y más indispensable.

BLACKIE.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL BESO DE LA GLORIA, POR JOSÉ PABLO RIVAS, dibujo de Carreres

Esteban pasaba todo el día guardando sus cabras en el picacho más alto de la sierra.

Allí, el aroma del tomillo y del romero era más acre y penetrante; el ambiente más puro y más diáfano; el horizonte más vasto, y las numerosas aldeas diseminadas por el risueño valle parecían, vistas desde aquella enorme altura, blancas palomas acurrucadas al ras del suelo.

Todos los días, cuando el sol rayaba en el cenit, sacaba Esteban de su zurrón un pedazo de pan y un poco de queso y lo devoraba con gentil apetito, bebiendo después en el cuenco de la mano agua cristalina y pura del arroyuelo que corría allí cerca; y antes de que el sol se hundiera en el ocaso envuelto en su manto de púrpura, bajaba con sus cabras despaciosamente al fondo del valle, dejábalas a buen recaudo en su redil y se iba a su choza a despachar con el mismo apetito que por el mediodía la parca y frugal cena en amor y compañía de su hermano y de su madre, una viejecita de faz arrugada y manos sarmentosas que no tenía más gloria en el mundo que el cariño de su Esteban.

Después, tendiase en su lecho de blanda y crujiente paja y dormía toda la noche de un tirón, hasta que la aurora iluminaba con su luz rosada y suave las cumbres de los montes vecinos.

A Esteban le quería todo el mundo en la aldea.

Era un mocetón recio y fornido, con los músculos de un Hércules y el alma de un niño.

Como todos los seres que viven horas enteras hundidos en la gran paz y hondo sosiego de la Naturaleza, sola y libre, Esteban tenía la mansa impasibilidad del buey y el alma serena de los pájaros. Era muy parco en palabras, en gestos y en ademanes. Para él, no había más mundo que su aldea y el horizonte infinito y vasto que se divisaba desde la cumbre de la sierra.

El cura de la aldea, un viejecito campechano y bondadoso chapado a la antigua y que profesaba a Esteban un gran afecto, se había propuesto hacer de él algo más que un rudo y zafio pastor de cabras; pero Esteban le contestaba siempre rechazando lacónicamente sus cariñosas amonestaciones:

—No se canse usted, padre cura. Yo he nacido nada más que para cuidar cabras, y cuidando cabras he de morirme.

Un día llegaron al risueño valle rumores alarmantes que pusieron en conmoción a todos los habitantes de las aldeas circunvecinas. En la de Esteban pasó lo propio. Hablábale de una guerra en Marruecos, en que los hombres morían como chinchas. Y casualmente, el sorteo de los mozos coincidía con aquellas nuevas tan graves.

En el acto formáronse corrillos en la plaza de la aldea. Las mujeres vociferaban crispando los puños y lanzando frases amenazadoras. Los mozos miraban a sus novias que, llorosas, se llevaban los pañuelos a los ojos. Esteban, como no tenía a nadie más que mirar, miró a su madre, que lloraba silenciosamente.

Llegó el día del sorteo y a Esteban le tocó el número tres. A los pocos días salió con todos los quintos del pueblo. El no dejaba tras sí unos ojos bonitos que le lloraran, pero separábase de sus cabras, que tan acostumbradas estaban a él y que a Esteban le parecían cosa suya; y de la pobre viejecita, que tenía en aquel momento el mismo rostro de la Dolorosa, a quien la rezaba todos los días en la iglesia del pueblo. Pero a bien que allí quedaba su hermano para consolarla.

Esteban se hizo muy pronto un buen soldado. Cierto que necesitaba doble tiempo que todos los

demás para aprender las cosas; pero cuando ya las sabía, dijérase que echaban raíces en su cerebro. Tenía el instinto de la disciplina. Cumplía todas las

Eran una especie de fantasmas diabólicos, de rostros atezados y feroces, de ojos centelleantes y terribles, de dentadura enorme, que lucía deslumbradora entre las bocas entreabiertas por la ira... De pronto, aquel tropel de fieras desencadenadas abalanzóse sobre ellos lanzando espantosos alaridos y vomitando sobre sus cabezas una lluvia de balas... El momento fué terrible; de una hermosura solemne y trágica...

El teniente, que casi era un niño, blandía la espada desesperadamente y con el otro brazo extendido mostrábale al enemigo, con un ademán bello y fiero, como conjurándoles a su derrota y exterminio... De pronto soltó la espada y cayó para no levantarse más... Cuatro o seis soldados que estaban detrás de él mordieron también el polvo, manchándolo con su sangre... Aquellos fantasmas terribles estaban ya muy cerca, a pocos pasos de ellos... Esteban miró hacia atrás y vio que los suyos, desconcertados, sin dirección y sin mando, lívidos de terror, estaban a punto de retroceder... Una oleada de sangre golpeó el corazón... Después sintió que afluía a su cerebro y le dictaba cosas extrañas, impulsos insólitos que él no había sentido ni pensado nunca. Sus ojos centellearon con fuego abrasador y sublime. Irguióse con un gesto de soberana arrogancia y de sus labios brotaron frases inflamadas y bellas que parecía que alguien le dictaba al oído.

Luego, con la bayoneta calada, lanzóse el primero contra aquellos horribles monstruos que se les venían encima. Sus compañeros, electrizados con su ejemplo y con sus palabras, avanzaron detrás de él con el mismo impulso y ardimiento, y pocos minutos después, el hermoso y risueño pabellón de España flotaba victorioso

sobre las posiciones enemigas.

El regocijo y el entusiasmo de sus jefes y camaradas no tuvo límites. Todos le dijeron que, gracias a su heroísmo, había ensanchado los límites de la patria. Esteban no comprendía cómo los hombres podían regocijarse tanto por la posesión de unos cien metros de un terreno pedregoso e inculto. Pero su asombro era mucho mayor aún al ver la admiración de sus compañeros y de sus jefes. Esteban estaba aturdido, desconcertado. ¿Acaso había él hecho aquello? No. Él estaba seguro de que era otro.

El general tributóle ante todos sus compañeros cálidas frases de elogio y alabanza. Hablóle del honor, de la gloria y de la patria, tres cosas que hasta entonces habían tenido a Esteban sin cuidado, y terminó diciendo que iba a recomendarle al gobierno de Su Majestad para que le concediese la cruz laureada de San Fernando...

Esteban escuchábale absorto, no comprendiendo nada de lo que le decía. ¿Pero era verdad todo aquello? ¿No era un sueño? ¿Una alucinación de sus sentidos? ¿Era acaso cierto que la Gloria le había besado en la frente?.. Esteban, por más que desparramaba sus miradas en torno suyo, no la veía por ninguna parte.



Yo he nacido nada más que para cuidar cabras

órdenes con automática precisión y sus jefes estaban satisfechos de él.

De pronto, llegó una mañana al cuartel la orden de que el regimiento saliese inmediatamente para Marruecos, donde se combatía por la gloria de España... Esto fué para Esteban una cosa verdaderamente nueva, pero que no alteró lo más mínimo su peculiar serenidad. Él no sabía ni dónde estaba Marruecos ni quién era doña Gloria, esa dama que tenía un nombre tan bonito. A bien que no tardaría en conocerla y en convencerse si era digna de los encomios que todos hacían de ella.

Embarcáronse en Málaga. Mientras todos los demás soldados, a proa y sobre cubierta, cantaban alegremente, acompañados de sus guitarras, las bellas canciones regionales, Esteban, en silencio, contemplaba embelesado el mar, que veía por primera vez. Él no había sospechado nunca que hubiese tanta agua en el mundo.

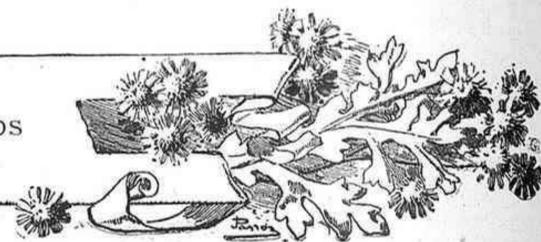
Dos días más tarde, el regimiento de Esteban entró en fuego.

De pronto... ¡oh!, aquello fué una visión horrorosa. La sangre de Esteban helósele de pavor en las venas... Por allí, detrás de unas chumberas, acababan de relucir, bruñidos por los rayos del sol, los cañones de innumerables fusiles. Las balas llovían y pasaban silbando por encima de su cabeza... Era como un zumbido de abejas... Todo el infierno parecía haberse desencadenado contra ellos...

No habían pasado más que unos cuantos instantes, cuando Esteban, que iba a la vanguardia, vió surgir de entre la negra y compacta humareda una masa parda que agitábase y moviase a unos cien pasos de ellos, con gestos desenfundados y coléricos...



LA GUERRA EUROPEA. - DOCUMENTOS HISTÓRICOS



MANIFIESTO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ I DE AUSTRIA

«Ischl 28 de julio de 1914.

»A mis pueblos:

»Ha sido mi mayor deseo consagrar los años que me queden todavía, por la gracia de Dios, a las obras



S. M. el emperador Francisco José I de Austria

de la paz y a preservar mis pueblos de los graves sacrificios y de las cargas de la guerra.

»De otra manera ha sido decidido por la Providencia.

»Las acciones de un adversario lleno de odio me obligan, para defender el honor de mi Monarquía, para proteger su autoridad y su poderío, para garantizar su posición, a coger las armas, después de largos años de paz.

»El reino de Servia, con una ingratitud llena de olvido; ese reino que, desde los comienzos de su independencia hasta en estos mismos últimos tiempos, fué favorecido y protegido por mis antepasados y por mí, estaba ya, desde hace algunos años, deslizándose por una pendiente de hostilidad contra Austria-Hungría.

»Cuando, después de treinta años de trabajos de paz bendecidos, extendí mis poderes soberanos sobre la Bosnia y la Herzegovina, esta decisión de mi parte suscitó en el reino de Servia, cuyos derechos en nada fueron violados, una explosión de pasión inmensa y de un odio de los más profundos.

»En esta época, mi Gobierno usó del bello privilegio del más fuerte, y en su indulgencia y dulzura extremas, no exigió de Servia más que la rebaja del efectivo de su Ejército en pie de guerra, y la promesa de que, en el porvenir, ella seguiría la senda de la paz y de la amistad.

»Animado del mismo espíritu de moderación, mi Gobierno, cuando, hace dos años, Servia estaba en lucha con el Imperio turco, se limitó a garantizar las condiciones vitales más importantes de la Monarquía.

»Gracias a esta actitud, Servia pudo llegar al fin que se propuso con aquella guerra.

»La esperanza de que el Reino de Servia sabría reconocer la longanidad y el amor a la paz de mi Gobierno, conforme a su promesa, no se ha realizado. El odio contra mí y mi casa cada vez se hace más violento y más fuerte. La tendencia de Servia a querer desgajar por la violencia territorios que no sabrían separarse de Austria-Hungría se acusa cada vez más.

»Mi Gobierno ha acometido en vano una última tentativa para lograr, por medios pacíficos, que Servia cambiase de política; pero ella ha rechazado las

reivindicaciones moderadas de mi Gobierno, y ha rehusado cumplir con su deber.

»Me veo obligado a crear por la fuerza de las armas las garantías indispensables que deben asegurar a mi Estado la calma en el interior, la paz permanente en el exterior.

»Yo tomo, en esta hora grave, todo el peso sobre mí de mi decisión, y la responsabilidad en que yo incurro ante el Todopoderoso.

»Yo lo he examinado y estudiado con todo detenimiento. En conciencia, yo me lanzo al camino que me señala el deber.

»Yo tengo confianza en mis pueblos, que durante el transcurso de tantas tempestades siempre han estado unidos alrededor de mi Trono; yo tengo confianza en el ejército de Austria-Hungría, que está animado de sentimientos de bravura y de abnegación, y yo tengo confianza en el Todopoderoso, que dará la victoria a mis Ejércitos. - *Francisco José.*»

MANIFIESTO DEL TSAR NICOLÁS II DE RUSIA

«Por la gracia de Dios, Nos Nicolás II, Emperador autócrata de todas las Rusias, Rey de Polonia, Gran duque de Finlandia, etc., a todos mis fieles súbditos hago saber:

»Rusia, que por la fe y por los lazos de sangre es



S. M. el tsar Nicolás II de Rusia

la madre de los pueblos eslavos, y que permaneciendo fiel a sus tradiciones históricas jamás los miró con indiferencia, pues con unanimidad perfecta e inquebrantable fuerza se hallan ligados los sentimientos fraternales del pueblo ruso y los pueblos eslavos, ha salido de su actitud pacífica en estos últimos días al ver la conducta de Austria, que, no contenta con exigir a Servia condiciones verdaderamente inaceptables para un Estado independiente, ha prescindido de la solución pacífica y ha condenado de antemano al Gobierno servio, rechazando la mediación amistosa de Rusia.

»Siguiendo este proceder, han invadido una noche sus tropas el territorio servio y han bombardeado una ciudad abierta como Belgrado.

»Ante semejante situación, nos vimos obligados a adoptar ciertas medidas y precauciones consideradas necesarias, poniendo nuestro Ejército y Marina en pie de guerra, mientras entablábamos las negociaciones amistosas para velar por la seguridad de nuestros hermanos.

»Durante las negociaciones, Alemania, aliada de Austria, en contra de lo que nos hacían esperar nuestras buenas relaciones y la sinceridad con que habíamos procedido al adoptar las medidas militares, sin prevención alguna contra ella, nos manifes-

tó bruscamente su hostilidad, y después de reclamar contra nuestras medidas, declaró la guerra a Rusia.

»Hoy ya no se trata solamente de defender a un pueblo hermano, injustamente atropellado, sino de defender el honor, la dignidad y la integridad de Rusia y salvaguardar el puesto que ocupa entre las grandes naciones.



S. M. el emperador Guillermo II de Alemania

»Creemos que todos nuestros fieles súbditos se aprestarán unánimes a la defensa de su patria.

»Que las discordias interiores sean olvidadas en esta hora de terrible prueba y que la completa identificación de sentimientos del tsar con su pueblo haga que Rusia se levante como un solo hombre para contener el avance insolente del enemigo, convenida de la justicia que le asiste y fiada en los designios de la Providencia.

»Imploramos la bendición de Dios para la santa Rusia y para sus valerosas tropas.»

MANIFIESTO DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA

«Véome obligado a desenvainar la espada a fin de rechazar un ataque enteramente injustificado y a hacer, con toda la fuerza de que dispone Alemania, la guerra para la defensa del Imperio y de nuestra existencia nacional.

»Desde los comienzos de mi reinado he hecho todos los esfuerzos posibles para preservar a la nación alemana de la guerra y para mantener la paz.

»Hasta en el caso presente, he creído que era para mí un deber de conciencia hacer todo lo posible para evitar la guerra; pero mis esfuerzos han sido inútiles. Tengo la conciencia tranquila y estoy convencido de la justicia de nuestra causa. Grandes sacrificios en hombres y en dinero se pedirán a la nación alemana para la defensa de la patria que el reto del enemigo nos impone; pero sé que mi pueblo me apoyará lealmente, unánimemente y resueltamente, como en los días tristes apoyó a mi abuelo que ahora descansa en el Señor.

»Habiendo aprendido desde mi juventud a poner mi confianza en Dios, creo necesario, en estos días solemnes, inclinarme ante él e implorar su gracia. Hago un llamamiento a todo mi pueblo para que se una a mí en una oración común y dedique el día 5 de agosto, como día extraordinario de preces generales, a reunirse en todas las iglesias del Imperio para invocar a Dios, a fin de que esté con nosotros y bendiga nuestras armas.

»Después del servicio divino, cada cual podrá volver a sus ocupaciones.»

MENSAJE DEL REY JORGE V DE INGLATERRA AL ALMIRANTE SIR JOHN JELICOE, COMANDANTE EN JEFE DE LA ESCUADRA INGLESA.

«En este grave momento de nuestra historia nacional, os envío a vos, y por vuestro conducto a los oficiales y a las tripulaciones de la escuadra cuyo mando habéis tomado, la seguridad de mi confianza en que, bajo vuestra dirección, harán revivir y renovarán las antiguas glorias de la marina real y demostrarán una vez más que constituyen el verdadero escudo de la Gran Bretaña y de su Imperio en la hora de la prueba.»

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CÁMARA POR EL REY ALBERTO I DE BÉLGICA

«Nunca, desde 1830, ha sonado una hora más grave para Bélgica. La fuerza de nuestro derecho y la necesidad para Europa de nuestra existencia autónoma, nos hacen todavía esperar que los acontecimientos temidos no se producirán; pero si es preciso resistir a la invasión de nuestro



S. S. el Papa Pío X

»El horizonte se ha ensombrecido.
 »A la hora presente, la mayor parte de las naciones han movilizad sus fuerzas.
 »Hasta los países protegidos por su neutralidad han creído deber tomar esta medida a título de precaución.
 »Pero las potencias cuya legalidad constitucional o militar no se parece a la nuestra, sin haber publicado un decreto de movilización, han comenzado y realizan ya determinados preparativos, que equivalen a la movilización misma, y que no son sino su ejecución anticipada.
 »Francia, que siempre afirmó su voluntad pacífica; que en los días trágicos ha dado a Europa consejos de moderación y un ejemplo vivo de pruden-

faltaría a su deber sagrado si dejase las cosas en tal estado, el Gobierno acaba de publicar el decreto que impone la situación.
 »La movilización no es la guerra.
 »En las circunstancias presentes aparece como el mejor medio de asegurar la paz con el honor.
 »Fuerte en su ardiente deseo de llegar a una solución pacífica de la crisis, el Gobierno, al abrigo de estas precauciones necesarias, continuará sus esfuerzos diplomáticos, y espera todavía acertar.
 »Cuenta con la sangre fría de esta noble nación para que no se deje ir a una emoción injustificada.
 »Cuenta con el patriotismo de todos los franceses y sabe que no hay uno solo que no esté preparado para cumplir con su deber.
 »En esta hora ya no hay partidos.
 »No hay sino la Francia eterna, la Francia pacífica y sensata.
 »No hay sino la patria del derecho y la justicia, toda entera y unida en la calma, la vigilancia y la dignidad. — *Raimundo Poincaré.*
 »Por el Presidente de la República, el presidente del Consejo de Ministros, *Renato Viviani.*»



S. M. el rey Jorge V de Inglaterra

suelo, el deber nos encontrará armados y resueltos a los mayores sacrificios.

»Desde ahora, la juventud está en pie para defender a la patria en peligro; un solo deber se impone a nuestras voluntades, una resistencia tenaz, el valor y la unión.

»Nuestro valor está demostrado por nuestra irreprochable movilización y por la multitud de alistamientos voluntarios.

»Los momentos son de acción. Os he reunido para permitir que las Cámaras se asocien al entusiasmo del país. Sabréis adoptar con toda urgencia las medidas necesarias, y estáis todos decididos a conservar intacto el sagrado patrimonio de nuestros mayores. Nadie faltará a su deber.

»El ejército está a la altura de su misión. El gobierno tiene conciencia de sus responsabilidades y las asumirá hasta el fin para salvaguardar el bien supremo del país. Si el extranjero viola nuestro territorio, encontrará a todos los belgas agrupados en torno de su soberano, que nunca hará traición a su juramento constitucional.

»Tengo fe en nuestros destinos. Un país que se defiende, se impone al respeto de todos y no perece.

»Dios estará con nosotros.»

MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA SR. POINCARÉ

«A la nación francesa:
 »Desde hace algunos días, el estado de Europa se ha agravado considerablemente a pesar de los esfuerzos de la diplomacia.



S. M. el rey Alberto I de Bélgica

cia; que ha multiplicado sus esfuerzos para mantener la paz del mundo, se ha preparado a toda eventualidad y ha adoptado desde ahora las primeras disposiciones indispensables para la salvaguardia de su territorio.

»Pero nuestra legislación no permite hacer preparativos completos si no se publica un decreto de movilización.

»Cuidadoso de su responsabilidad, sintiendo que



Sr. Poincaré, Presidente de la República francesa

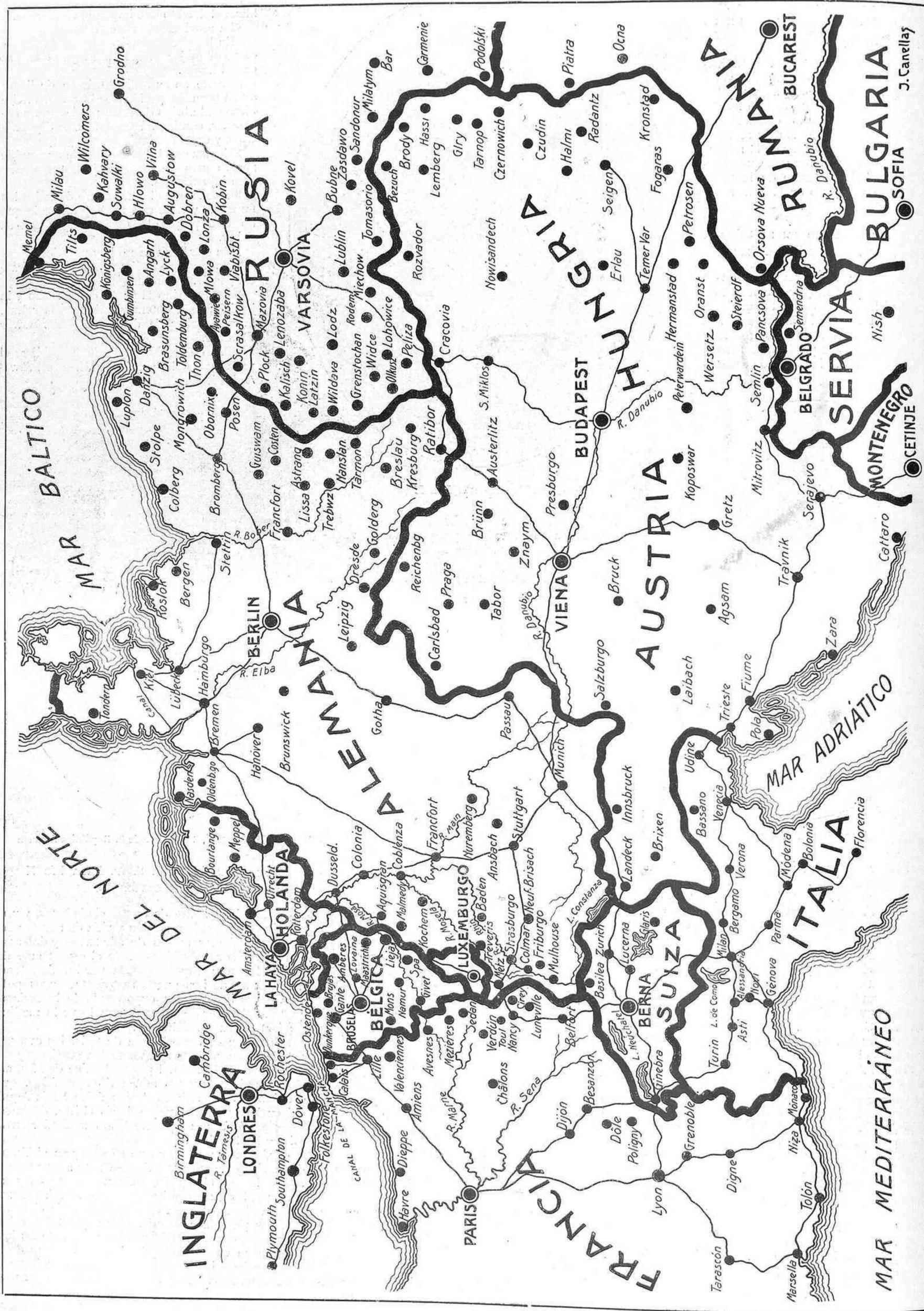
EXHORTACIÓN DE S. S. EL PAPA PÍO X A LOS CATÓLICOS

«Siendo Nos Padre de tantos ciudadanos, y preocupándonos con la salvación y vida de tantos pueblos, no podemos menos de afectarnos y dolernos con una tristeza acerbísima ante el espectáculo de casi toda Europa, que se lanza por los derroteros funestísimos de una guerra sangrienta, cuyos peligros, cuyas hecatombes, cuyo resultado horrorizará e infundirá pavor de muerte a aquel que lo medite, siquiera sea superficialmente.

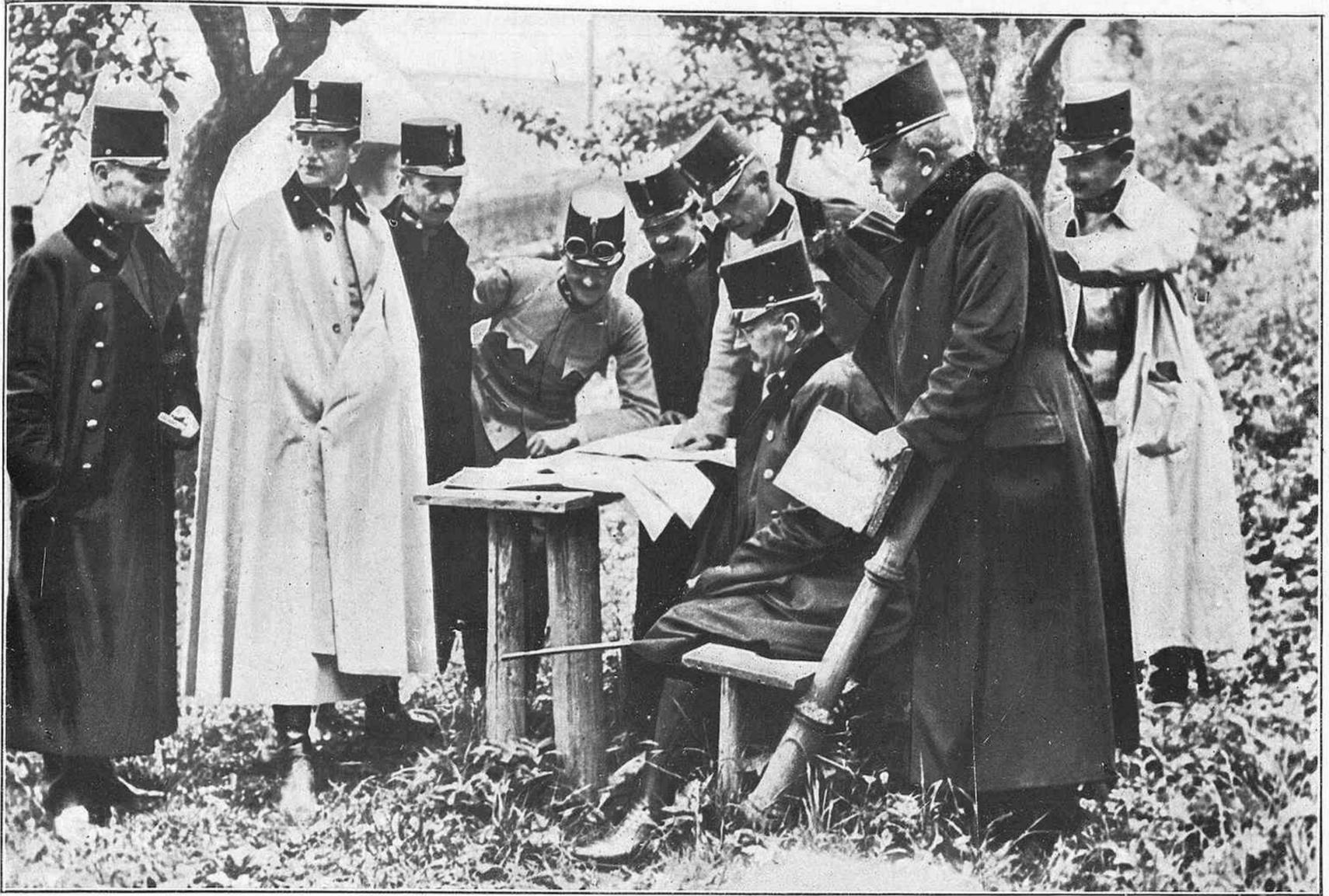
»En tan gran perturbación de todas las cosas, y ante la amenaza de tan graves males, sentimos y entendemos que la caridad paternal exige de Nos, así como también nuestro ministerio apostólico, que convirtamos los ánimos de los fieles hacia Aquel del cual viene todo auxilio, hacia Cristo, decimos, Príncipe de la paz y poderosísimo mediador entre Dios y los hombres.

«Exhortamos, pues, a que se acerquen al Trono de gracias y de misericordia de Cristo a cuantos católicos hay en el mundo, y singularmente a los sacerdotes, los cuales, además, conforme a las disposiciones de los obispos, en cada parroquia elevarán públicas plegarias y rogativas para que Dios, misericordioso, como vencido por las preces de los justos, apague cuanto antes la funesta hoguera de la guerra, y haga benignamente que los que gobiernan las cosas públicas abriguen sentimientos de paz y no de guerra.

»En Nuestro Palacio del Vaticano, día 2 de agosto de 1914.»



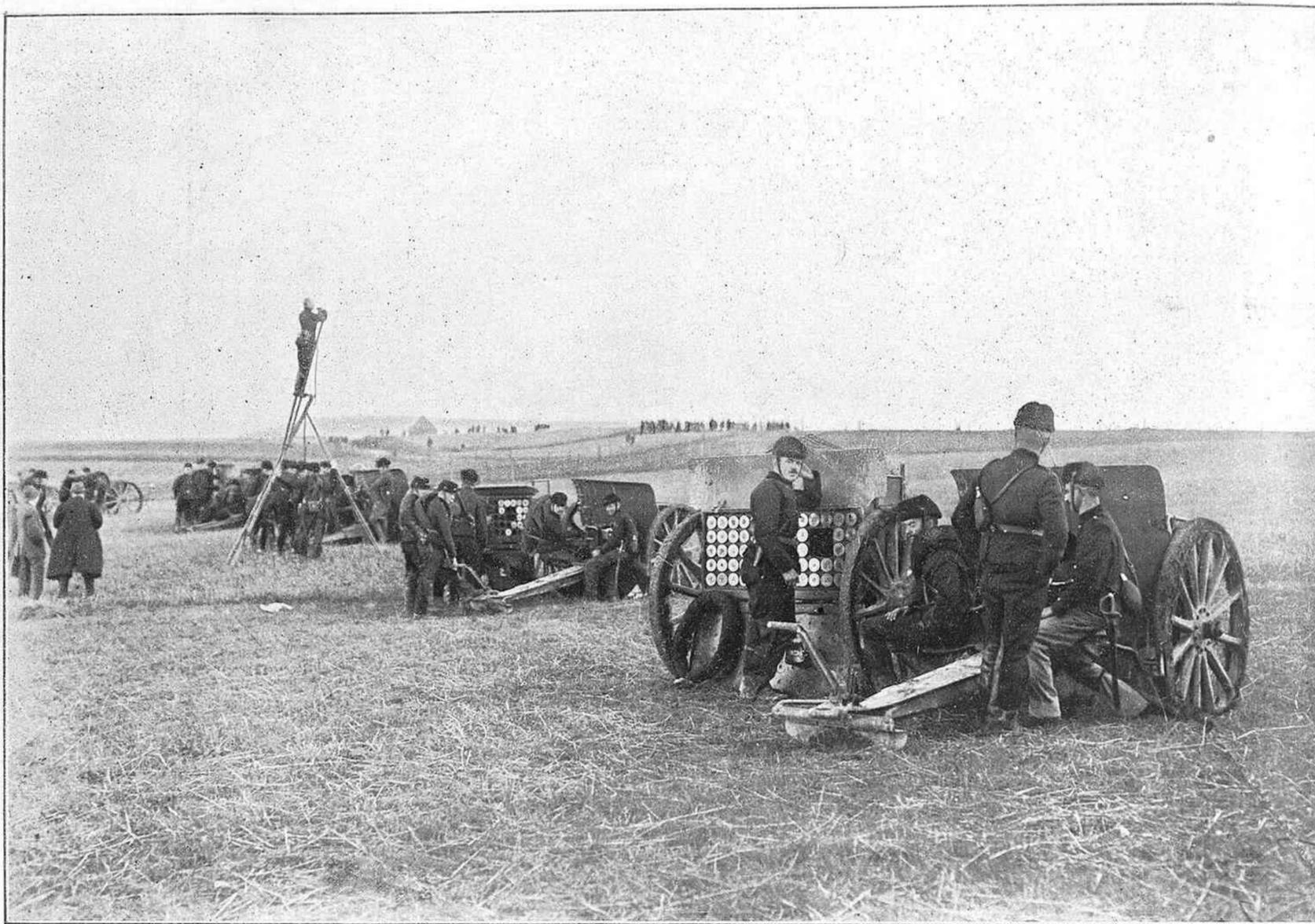
La guerra europea. - Mapa parcial de Europa en el que puede seguirse fácilmente el curso de las operaciones en los distintos lugares en donde se desarrollan las operaciones de la actual guerra



Oficiales del Estado Mayor austriaco en la frontera servia



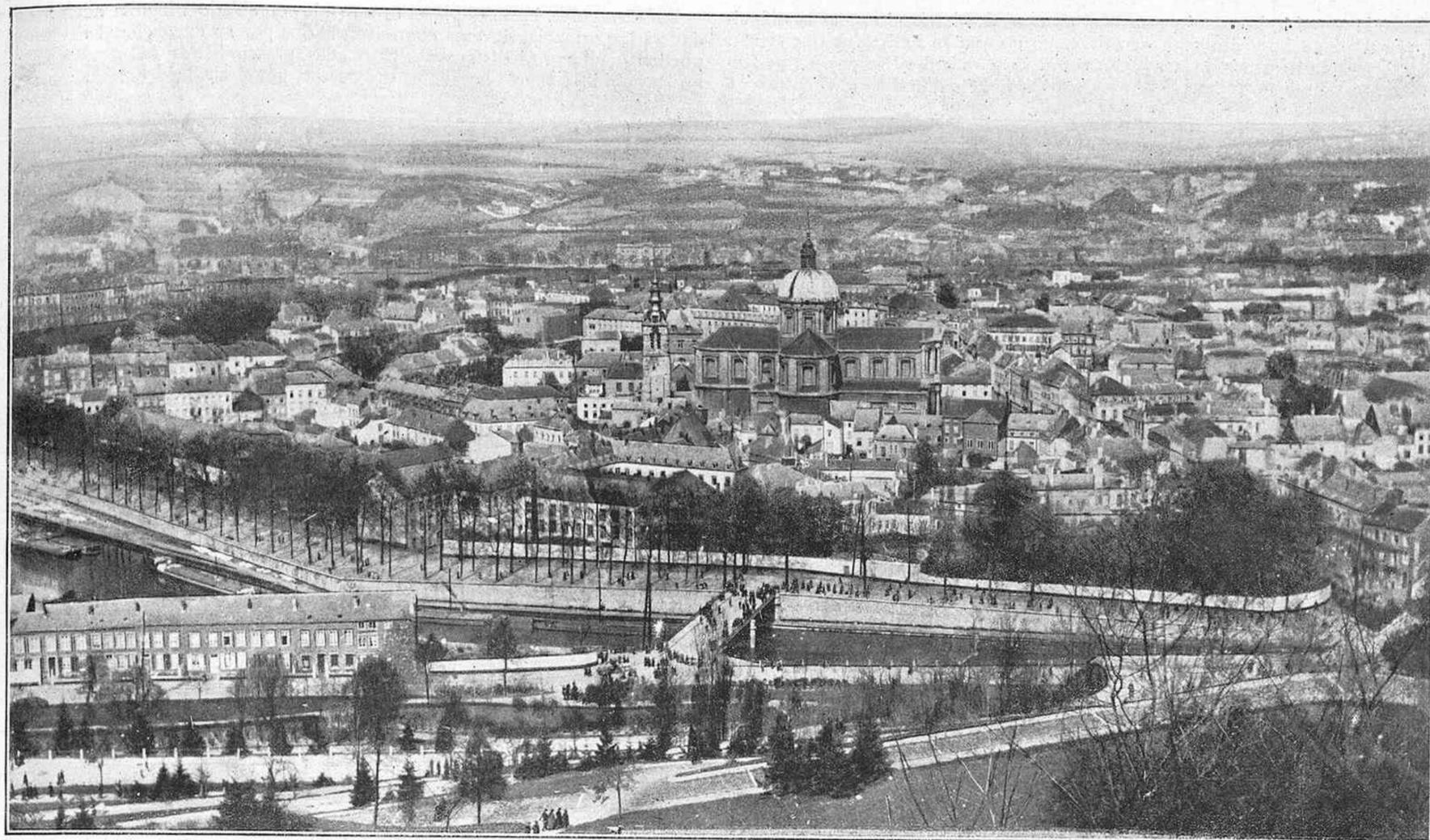
Viena. - Tren que conduce tropas al teatro de la guerra



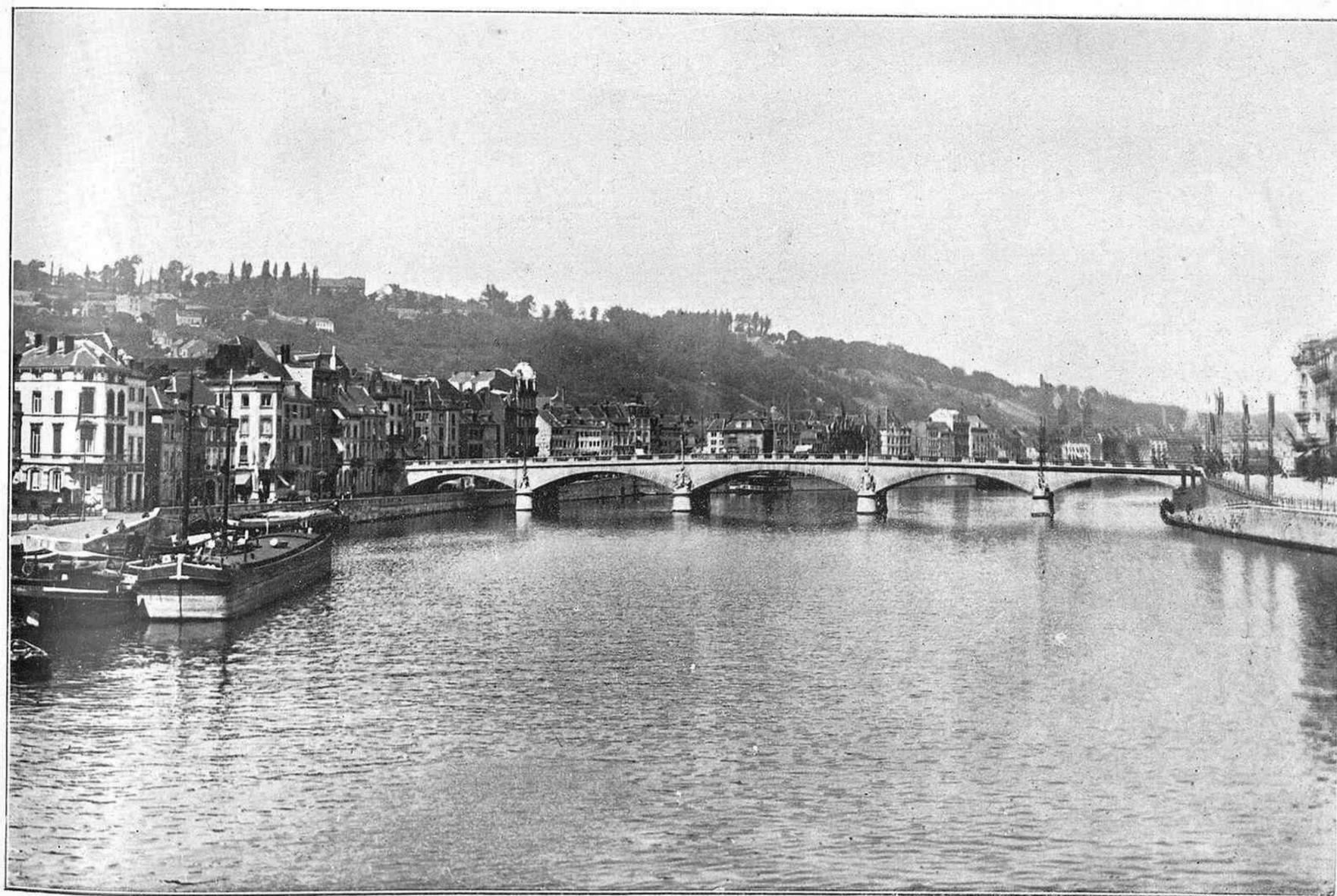
Artillería defendiendo un paso entre los fuertes de Lieja



Un regimiento de carabineros partiendo para el teatro de la guerra



Vista panorámica de la ciudad de Namur, que probablemente será atacada por los alemanes



El puente del Comercio sobre el río Mosa, en la ciudad de Lieja, que ha sido ocupada por los alemanes

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Argus y Chusseau-Flaviens.)

Como la anterior, hemos de comenzar esta crónica haciendo notar la dificultad, por no decir imposibilidad, de orientarse en que se hallan los que siguen con interés las peripecias de la actual guerra. Esta dificultad se explica perfectamente: no son dos o tres naciones las que en la actualidad se encuentran en lucha ni el teatro de la guerra se reduce a un espacio más o menos limitado, sino que ocho naciones luchan entre sí y la guerra se desarrolla en distintos países y en diversos mares.

Los servicios de información resultan poco menos que inútiles, pues los países beligerantes, dueños de las comunicaciones telegráficas y radiográficas, sólo dejan circular por ellas las noticias que les convienen que circulen y por consiguiente las tales noticias, cuando llegan al público, han de adolecer forzosamente de deficiencia y de parcialidad.

Esto aparte de que las verdaderamente interesantes se las reservan los respectivos gobiernos, con prohibición absoluta de que sean publicadas si por alguien llegan a ser conocidas.

Como muestra del rigorismo con que esta reserva se lleva, bastará decir que el gobierno francés ha prohibido la publicación de cifras de las bajas que ocurran en los combates y hasta de todos los detalles que se refieran a los nombres de los muertos o heridos y de los sitios en donde se hayan producido las bajas.

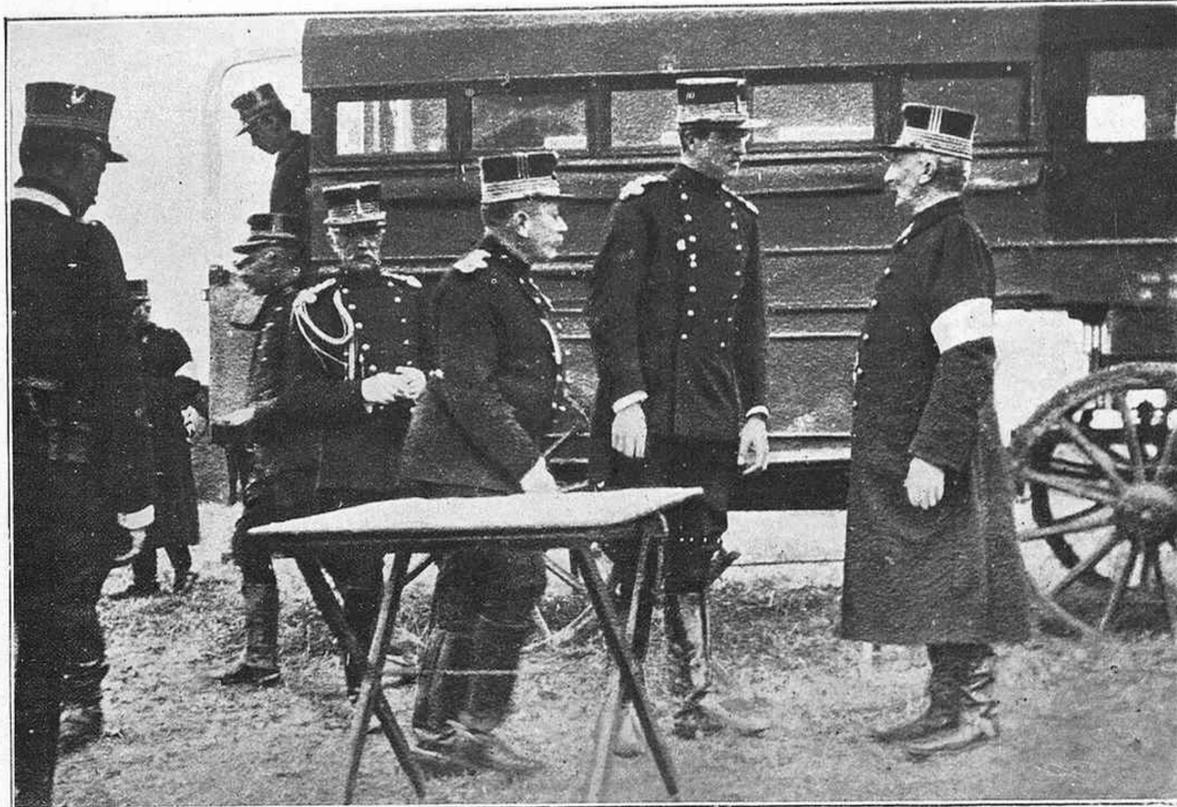
Por otra parte, hasta el presente no se ha entablado ninguna acción de verdadera importancia, de esas cuyos resultados por su excepcional magnitud no pueden ocultarse ni disfrazarse. En efecto, prescindiendo del asedio de Lieja, no ha habido más que combates episódicos, por decirlo así, tanteos de los dife-

rentes ejércitos para averiguar el punto vulnerable del enemigo.

Y lo que pasa en la guerra terrestre sucede aún en mayor escala en la naval; respecto de esta última, sólo se sabe que en el mar del Norte el crucero inglés *Amphion* se fué a pique por haber chocado con una de las minas colocadas por los alemanes, y que en un encuentro habido en el Adriático la escuadra francesa que manda el almirante Boué de La Perrière ha destruido uno de los cruceros austriacos que bloqueaban el puerto de Antivari. Háblase de otros combates navales en el referido mar y en el del Norte, pero cuando escribimos esta crónica lo que acerca de aquéllos se dice no ha sido confirmado.

En Bélgica, los alemanes consiguieron ocupar la ciudad de Lieja, pero los fuertes que rodean aquella plaza siguen resistiendo los ataques del enemigo; a pesar de esta resistencia, han seguido los invasores avanzando por la Bélgica central, no sin haber tenido que reñir sangrientos combates, entre los que merecen citarse los

(Continúa en la página 570.)



El rey Alberto I de Bélgica y sus oficiales del Estado Mayor



El emperador Guillermo II de Alemania dando órdenes a su Estado Mayor

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

- Parece que estemos en verano, decía Roubine encantado por poder salir en el mes de enero sin pieles y hasta casi sin abrigo.

Pero el príncipe tenía un temperamento inquieto, que se aburría pronto, al menos que la casa no le retuviese por medio de esa porción de lazos íntimos que la prestan encanto y atractivo; tenía un gran horror a los hoteles, a los balnearios y a toda la gente que los frecuenta.

- Pero, papá, ¡tú también formas parte de esa sociedad! Si las personas que encuentras y que tratas de ese modo, dijese lo mismo de ti, ¿qué pensarías de ellos?, dijo Nadia un día riéndose.

- ¿Yo? Pues pensaría que tienen razón. A fe que hacen bien triste figura, vagabundeando así, lejos de su casa, como un rebaño descarriado que no sabe encontrar el lugar donde pacer.

- ¿Entonces tú ya echas de menos tu redil, tu querido San Petersburgo, lejos del cual casi no puedes vivir?

- ¡Claro está! Además la costumbre es la mitad de la vida... No digo que sea la mejor, pero a buen seguro...

- ¡Que es la más incómoda!, dijo Dmitri que ya se divertía mucho llevando la contraria a su futuro suegro.

Los tres se miraron y echaron a reír de buena gana.

Korzof continuó:

- ¿Y no le da a usted pena dejarme solo aquí como una maleta olvidada en una estación?

Nadia miró a su prometido que estaba aún muy pálido y delgado.

Nadia comprendía que a su padre le fastidiaba mucho aquella vida a salto de mata, pero por otra parte no admitía la idea de dejar abandonado a su querido Dmitri,

absorto en aquellos trabajos tan áridos, sin ninguna distracción, pues él abrigaba el temor de no acercarse a sus libros con un espíritu amplio y libre, si buscaba lejos de ellos solaz y esparcimiento.

- ¿Por qué demontre quieres hacerte médico?, exclamó Roubine. ¿No te bastaba ya con ser conde? ¡Pero la señorita no está nunca satisfecha!

Y señaló a su hija con un gesto entre tierno y gruñón.

Nadia creyó llegado el momento favorable para abordar un asunto sumamente delicado que hasta entonces no se había atrevido a insinuar.

- Tú regresas a San Petersburgo; la casa está ya dispuesta para recibirte, ya han colocado las alfombras y colgado los cortinajes; allí estarás tú muy bien, como el pájaro que ha vuelto a su nido..., luego el club inglés...

- ¡Nadia, no te burles de mí! ¡Hazme el favor de explicarme qué es lo que significa esto!

La joven acercóse entonces a él con un gesto zalamero, irresistible siempre para el príncipe.

- Yo, entretanto, dijo, me quedaré en París con mi marido.

Dmitri pegó un salto y apoderóse de la mano de la encantadora joven y Roubine, al fijar sus miradas en ella, vió dos rostros en lugar de uno, que le miraban con una expresión de súplica capaz de enternecer a las piedras.

- ¡Muy bien!, exclamó. ¡Es una idea peregrina! Casarse en el extranjero, sin familia, sin canastilla, y luego desembarazarse de mí..., enviarme muy lejos... Ya me figuro que vosotros no os aburriréis estando juntos; pero yo..., completamente solo...

- Pero, papá, dijo Nadia con una sonrisa un poco burlona, tú comes en la ciudad tres veces por semana...

- Si..., respondió Roubine, ¡pero siempre almuerzo en mi casa! Vamos, Nadia, eso es una broma.

- Si me ordenas seguirte, querido papá, te obedeceré, ya lo sabes; pero me causará una pena muy grande.

- ¿Y no te importa nada el dejarme ir solo?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

- Estás convencido de lo contrario, papá; pero, ¿quién te impide pasar los veranos con nosotros, en Francia o en Alemania?.. Y además, iremos a verte al campo, a San Petersburgo; ¿no es verdad Dmitri? Hasta que el

hospital esté terminado no volveremos a San Petersburgo.

Ante semejante proposición Roubine se puso furioso, declarando que aquel matrimonio siempre había sido tratado de un modo ridículo, que ahora su hija quería hacerlo más ridículo aún y que puesto que ella daba señales de haber perdido el sentido común, prefería retirar el consentimiento dado en un momento de debilidad. Que se llevara el diablo a



... cuando la vea volver del mercado con fresas en un cestito...

- Papá, dijo, yo creo que es de mucha urgencia para ti que vuelvas a San Petersburgo...

- ¿Y tú?

- ¿Yo?.., eso ya no corre tanta prisa..., el hospital marchará muy bien sin mí; tú estás al corriente de las obras y eres tan entendido como un contratista.

- Eso no es verdad, refunfuñó el príncipe, aunque halagado un poco en su amor propio; pero no comprendo...

todo el mundo, pero él no consentía que se burlasen de él de ese modo.

— Entonces, dijo Korzof que no había perdido la serenidad en medio de aquella borrasca, ¿no quiere usted ser mi suegro?

Roubine lanzó una carcajada, y Nadia, que estaba llorando, hizo lo propio abrazándose a él.

El príncipe púsose de pie para gesticular más a sus anchas, volviendo a sentarse, acabando por donde debía de haber empezado. Pero si todo fuese así desde un buen principio la vida sería demasiado monótona.

Diéronse explicaciones mutuas: él oyó las razones que le dió su hija, conviniendo con ella en que Korzof no había cometido ningún crimen que mereciese un destierro de tres años; luego este destierro fué reducido a seis meses y finalmente decidieron que la boda se celebraría en París el día antes del regreso del príncipe a San Petersburgo, es decir al cabo de quince días.

En efecto, el matrimonio se llevó a cabo, pero no como Roubine y tal vez Nadia habían soñado, en medio de los esplendores del lujo correspondiente a su elevada alcurnia.

En su imaginación fantástica Nadia habíase representado esta ceremonia, con toda suntuosidad, en la capilla del hospital, inaugurado aquel mismo día, y presenciada por todo lo que la corte tiene de más selecto y de más brillante.

Con mucha frecuencia había evocado toda esta pompa nupcial muy parecida a una toma de hábito; aquel adiós definitivo a su pasada vida de princesa ociosa, aquella entrada triunfal en su existencia de «la esposa del doctor».

Pero las realidades de la vida, menos poéticas, punzantes a veces, habían derrumbado estos ensueños, cuyos escombros pisoteaba Nadia con sus pies llenos de alegría.

¿Qué le importaba renunciar a aquel esplendor algo teatral, si ahora emprendía la verdadera misión digna de ambos, la de sostener y animar a su marido en sus estudios a menudo muy penosos?

¿Hay algo más hermoso para el orgullo de una mujer que hacer el don de su persona en recompensa de grandes esfuerzos? ¿Acaso no es más sencillo y más conmovedor participar de las penas y fatigas impuestas por ella misma, siendo su amiga y compañera, en lugar de encerrarse en la fría dignidad de una soberana condescendiente?

Estas reflexiones fueron el primer paso de Nadia hacia una vida nueva.

Entonces dióse cuenta del inmenso cariño que le inspiraba a Korzof, y en vez de ir hacia él con la sonrisa de una reina que recompensa algún servicio, apoyóse contra el corazón de su marido, con la tierna confianza de una mujer que conoce la magnitud del sacrificio que ha sabido inspirar.

La boda celebróse sin esplendores de ninguna clase, sin *toilettes* ni *trousseau* principesco. Los amigos que tenían los novios entre la colonia rusa de París asistieron a la ceremonia y al *lunch* que hubo después; aquella misma tarde salió Roubine para San Petersburgo y los recién casados instaláronse en un lindo piso amueblado, que habían hecho disponer cerca de la Escuela de Medicina.

Nadia prefirió tener que renunciar a pasear de cuando en cuando por el Bosque de Bolonia, antes que obligar a su marido a darse todos los días una caminata, por vivir en una casa situada en algún barrio aristocrático.

Roubine antes de marcharse dejó a su hija un coche con dos caballos, pues Nadia no había sabido nunca lo que era salir de su casa a pie, salvo en el campo o por capricho, pero al cabo de un mes Nadia suprimió esta impedimenta, como ella le llamaba, hallando un gran placer en hacer sus correrías en coche de alquiler. Hasta tuvo la audacia de presentarse de este modo alrededor del Lago, a la hora más concurrida por la alta sociedad, y las caras de asombro que provocó su aparición, en todos los que la conocían, durante mucho tiempo excitaron su hilaridad.

— De seguro, dijo Nadia riéndose con su marido, que a estas horas todos ellos se preguntan si deben o no saludarnos.

Su habitación era muy soleada; Dmitri no llevó a ella muchos libros, para que su mujer no la llenase a su vez de flores; y ambos pasaron allí una época que indudablemente fué la más dichosa y más alegre de su vida.

Roubine no pudo permanecer mucho tiempo separado de su hija y regresó a París a principios de verano.

En cuanto se terminó el curso el príncipe llevóse a la joven pareja, o mejor dicho, la siguió allí donde

los estudios y preocupaciones de Korzof los arrastraban.

Así estuvieron viajando durante dos años; tan pronto los tres reunidos como separados ambos del príncipe al cual, a pesar de su propósito de instalarse definitivamente en un sitio, hacíasele el tiempo demasiado corto.

Nadia representaba a las mil maravillas su papel de modesta ama de casa. Su padre desternillábase de risa cuando la veía volver del mercado con fresas en un cestito, ella que nunca había sacado dinero de su bolsillo más que para hacer limosnas.

Su hija, sin hacer caso de sus risas, colocaba ella misma las frutas en un plato cubierto con hojas de parra, declarando el príncipe, encantado, que no había probado nunca nada tan exquisito.

La joven aprendió en este comercio cotidiano con los hombres y las cosas de los humildes muchos preceptos, mal avenidos con la sabiduría de las clases elevadas, y que no se encuentran en los libros destinados a la juventud, aun cuando éstos sean su verdadero sitio.

Por fin llegó el momento en que Korzof debía doctorarse y Nadia temblaba como si su marido estuviese sentenciado a muerte.

El príncipe fué a París para asistir al triunfo de su yerno, y no cesaba de hacer chistes, burlándose de la emoción de sus dos hijos.

— Vamos, Dmitri, decía, tú eres un hombre, ¡qué demonio! ¿Acaso no te has examinado nunca? ¡Entonces no te encomendabas ni a Dios ni al diablo para jugarles malas tretas al tribunal y obtener buenas notas a pesar de ello!

— Esto no es lo mismo, respondió el joven, riéndose al considerar la opinión que tenía el príncipe acerca del doctorado. Si yo engañase ahora al tribunal, lo cual me parece muy dudoso, el engañado sería yo.

— ¡Te equivocas, dijo Nadia, serían tus pobres enfermos!

Ambos se reían, pero era por aquello de que «buen corazón quebranta mala ventura».

Por fin llegó el gran día, y no solamente Korzof fué aprobado sino que recibió unánimes y sinceras felicitaciones.

— Ahora sí que me siento un hombre, exclamó Korzof al entrar en su casa; nunca había gozado de una satisfacción semejante a ésta. No sé cómo hay quien pueda vivir sin trabajar, sin ser útil para algo... ¡Qué vida más miserable arrastra la mayoría de la gente!

— ¡Muy bonito!, exclamó Roubine, pero si a ti no te agrada no les hagas perder el gusto a los demás; yo he arrastrado siempre esa vida miserable, y no tengo por qué quejarme de ella. Vamos a comer al restaurante, Nadia, le lavaremos la cabeza con champagne para que no diga más tonterías.

Nadia los dejó para ir a ponerse el sombrero, pero su marido fué a reunirse con ella inmediatamente.

— Es a ti a quien yo debo esta dicha, amada mía, dijo él estrechándola entre sus brazos. Tú has hecho de mí un hombre inteligente, deseoso de ser útil a sus semejantes. Te doy las gracias y te bendigo.

— Soy yo quien debe estarte agradecida, murmuró Nadia. Tú me has hecho descender a la vida real desde las alturas de mi quimérico paraíso. ¡Oh! Dmitri, ¡Cuánto bien vamos a hacer en el mundo! Sólo un temor me asalta desde hace algunos días...

— ¿Qué es?, dímelo pronto para tranquilizarte.

— Muy a menudo me pregunto si he hecho mal en lanzarte a una profesión tan peligrosa; si se declarase alguna epidemia, Dmitri, si te contagiases, si...

Korzof quedóse un momento silencioso, apoyando contra su pecho la cabeza de aquella mujer adorada y para la que él representaba la alegría de vivir.

— Eso sería muy doloroso, exclamó al fin, pero no tendría nada de particular... Cualquiera que sea mi destino, ya en la plenitud de la fuerza y de la dicha, como hoy, o en la tristeza y la desgracia, si el porvenir nos las reserva, siempre te bendeciré y te estaré reconocido por lo que has hecho de mí. Y si Dios quiere que yo muera en mi puesto de honor, ¡tú estarás orgullosa de mí, Nadia!

Y abrazó a su mujer tiernamente, volviendo ambos junto a Roubine, que no sospechó el grave asunto de que acababan de tratar.

Ya no tenían allí nada que hacer, pero por mucha impaciencia que se tenga no se puede abreviar el tiempo.

Los jóvenes esposos podían ya volver a Rusia, pero el hospital no estaba aún en estado de recibirlos.

Roubine marchóse antes para activar a los rezagados, y después de una larga espera que pareció a

los jóvenes interminable, recibieron al fin un telegrama del príncipe en el que les decía que podían ir cuando quisieran.

Cuando el tren que los conducía acortó su marcha para entrar en la estación de San Petersburgo, Nadia volvióse hacia su marido, en el departamento reservado que ocupaban.

— Ya llegamos a ver nuestro sueño convertido en realidad, dijo Nadia, y sin embargo tengo miedo.

— ¿Miedo de qué?

— No lo sé..., acaso de una desilusión.

El la cogió la mano cariñosamente.

— No hay desilusión posible cuando se trata de practicar el bien. Aunque el hospital no sea como nosotros lo hemos soñado, como en él recobrarán la salud los enfermos, esto nos consolará de lo demás.

El tren se detuvo; Roubine, que estaba solo en el andén esperándolos, después que los hubo abrazado, subió a su *drochki*, que partió ligero como el viento; y los recién llegados montaron en un carruaje, dirigiéndose hacia el barrio, antes completamente desierto, en donde iban a vivir en adelante.

No se dijeron nada, pero ambos se estrechaban las manos fuertemente; aquel momento de su existencia se les aparecía aún más solemne que el del día de su boda. Entretanto iban acercándose cada vez más; de pronto el carruaje dobló una esquina, y...

— ¡Oh! ¡Dmitri!, dijo Nadia en voz baja. ¡Míralo!

El hospital se alzaba ante ellos, en todo el esplendor de su arquitectura, rematado por una gran cruz dorada, en el centro, que indicaba el lugar donde estaba emplazada la capilla.

Los ángulos y los entablamientos eran de piedra blanca, los muros, de ladrillo, y la alta fachada de tres pisos destacábase orgullosamente en el azul del cielo.

A pesar de que ambos habían estudiado los planos y se los sabían de memoria, nunca se habían imaginado aquel grandioso edificio, que representaba tan colosal fortuna; todo el oro de los Korzof estaba fundido allí y a buen seguro que jamás tuvo un destino tan noble y elevado.

Los caballos detuviéronse ante el vestíbulo.

Roubine, con la cabeza descubierta, los aguardaba en el umbral; el limosnero, revestido con sus ornamentos sacerdotales, estaba bajo el pórtico, con la cruz alzada; entonces los jóvenes esposos avanzaron, mudos, silenciosos, profundamente emocionados; el que llevaba la cruz echó a andar lentamente, entrando en el gran vestíbulo, en donde la luz penetraba a raudales desde lo alto, y empezó a subir la escalera.

El vestíbulo estaba lleno de gente; todas las cabezas se inclinaron al paso del joven matrimonio, devolviendo éstos los saludos maquinalmente, pero sin reconocer a nadie.

Misteriosas voces, ocultas en algún sitio, cantaban un himno religioso, del que no se percibían las palabras. Así llegaron al primer piso y penetraron en la capilla.

Esta era muy sencilla y completamente blanca; su única ornamentación eran las pinturas del iconostasio, pero las imágenes santas de las dos familias reunidas refulgían de oro y piedras preciosas a lo largo de los muros, guarnecidos artísticamente por grandes arañas de cristal.

Los sochantres los acogieron con una marcha triunfal y ellos se quedaron inmóviles y siempre cogidos de la mano ante las puertas del santuario. Estas se abrieron inmediatamente apareciendo el sacerdote. Cantaron el *Tedum* en acción de gracias, y durante este tiempo los jóvenes esposos repusieron de su emoción.

Así que el eco del último versículo se hubo extinguido bajo la bóveda, y que todos los asistentes hubieron besado la cruz que les presentaba el sacerdote, Nadia miró a su alrededor encontrándose rodeada de rostros amigos y amados por ella.

Todas las personas que no habían podido asistir a su boda estaban allí para felicitarla.

Los altos dignatarios del Estado, convocados para la inauguración del hospital, se agrupaban en torno de su marido; un ayudante de campo era el portador de las felicitaciones del emperador y la emperatriz y dos niños presentaron a Nadia ramos de flores sin que ella comprendiese lo que esto quería decir y, por fin, siguió maquinalmente a su padre y al arquitecto, que le presentaba las llaves del hospital.

Nadia, aturdida, apoyóse en el brazo de su marido recorriendo lentamente los corredores encerados, que aun conservaban el olor de la madera fresca, aprobando detalles de los que no comprendía una palabra y sintiendo en el fondo de su corazón la falta de algo, que no podía definir bien lo que era.

De pronto, el segundo médico avanzó a su vez y abrió una puerta.

— ¡Ah!, ¡esto es!, dijo la joven en voz muy baja.

Efectivamente, allí estaba lo que ella echaba de menos; ¡y era, los dueños de aquella morada, los enfermos!

Allí estaban, acostados en sus blancas camas, velados por enfermeras muy aseadas; las sábanas y la loza común eran de una blancura deslumbrante.

Había allí pues verdaderos enfermos, que serían bien asistidos, y que una vez curados volverían contentos al seno de sus familias, bendiciendo la mano que les había devuelto la salud.

El sueño habíase convertido en realidad; algunos millones devolverían la vida a centenares de hombres y mujeres; con el dinero iban ellos a rescatar una cosa inapreciable: ¡la vida humana! Sin duda que la victoria no les sonreiría todas las veces, que la muerte no se dejaría sobornar siempre y que de cuando en cuando saldrían pobres féretros por la puerta posterior, conduciendo al reposo eterno a infelices para los que la ciencia había llegado demasiado tarde; pero la vida estaba hecha así, mezclada de penas y alegrías y, ¿acaso ellos no podían darse por satisfechos si a costa de toda su fortuna podían salvar a un padre amante o a un esposo adorado?

— Esto es en extremo hermoso y elevado para que yo pueda soportarlo, exclamó Nadia cuando por fin al recobrar su tranquilidad sentóse en una butaca, en la habitación preparada por su padre, con tanto esmero y tanto lujo que Nadia lo hubiese censurado a haberse atrevido.

— Yo pensaba que sería muy dichosa viendo todo esto, pero mi alegría sobrepuja a mis esperanzas.

— Acuérdate de esto, hija mía, dijo su padre que se puso serio de repente. No hay muchas ocasiones en la vida de poder decir una cosa semejante. Que este día sea para ti un recuerdo tan dichoso, que te sirva de consuelo en todas tus penas y tribulaciones.

Nadia cogió la mano de su padre que éste apoyaba sobre su cabeza y se la llevó a los labios.

Este padre de tan frívola apariencia era un hombre de un gran corazón.

— Pero, papá, dijo Nadia al cabo de un rato, después de haberle dado ella y su marido las gracias por la agradable y dulce sorpresa que les había preparado, has debido de darte muy malos ratos!

— ¡Muy malos!, repitió él gravemente, aunque ya empiezo a tener algo de práctica; pero no sospecharéis nunca lo que más trabajo me ha costado encontrar; no podía procurármelos, ni por todo el oro del mundo...

Sus hijos le miraron tan asombrados, que no tuvo valor para hacerles esperar más tiempo.

— ¡Los enfermos!, exclamó el príncipe perdiendo su seriedad; sí, no os asombréis tanto, ¡los enfermos! Me he visto obligado a ir yo mismo a buscarlos a los demás hospitales y a traer a la fuerza a los que se negaban a venir. Yo no los he escogido ¿eh? ¡Vaya una colección más chusca que tenéis! ¡Ah! Y aun no querían entrar. Los que podían hablar decían que esto estaba demasiado limpio para ser un hospital. Me he visto obligado para convencerlos a asegurarles que no estaría siempre así, pero que ahora tenían que dispensarnos por ser nuevo el edificio.

Aquel hombre excelente echóse a reír, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas que Nadia enjugó con un beso.

El hospital estaba ya inaugurado; Korzof y su mujer no tenían más que trabajar, y aquella noche durmieron al arrullo de las bendiciones de todos los desheredados.

VII

Cuando un edificio se alza unos cuantos metros sobre el suelo, cuando un techo lo cubre y hay gente que lo habita, no por eso creáis que ya está terminado.

Dos años transcurrieron antes de que Korzof y su mujer dieran cima a la organización interior e hicieran sobre todo un reglamento útil y práctico.

Este malhadado reglamento, por otra parte muy parecido a todos los reglamentos del mundo, no acababa de adaptarse ni a las personas ni a las cosas. Cuando funcionaba bien por un lado se descomponía por el otro, surgiendo de improviso algún obstáculo enorme, formidable, y había que volver a empezar de nuevo.

Y es que el trabajo de organización no puede improvisarse; la cosa más pequeña exige largas meditaciones y más de una vez su autor ha tenido que exprimirse el cerebro diciéndose a sí propio:

— Esto no marchará nunca.

Y así fué, en efecto.

Pero Korzof poseía una voluntad firmísima, además ignoraba lo que era tener amor propio, teniendo al mismo tiempo el buen sentido de solicitar el con-

sejo de los demás, y de discernir los que debía poner en práctica.

Con el tiempo y con una paciencia sin límites alcanzó el fin tan deseado; llegando al cabo el día en que el reglamento definitivo — hasta nueva orden — fijóse en todas las paredes, impreso en una cartulina, y encuadrado en un marco de madera negra.

El joven y brillante oficial de tiempos atrás, habíase convertido en el hombre serio y bueno que se llamaba el Dr. Korzof.

A pesar de las reiteradas súplicas de gran parte de la aristocracia petersburguesa, que se hubiera considerado muy honrada con tener por médico a uno de sus miembros, rehusó de un modo terminante toda clientela fuera del hospital. Únicamente en caso de algún accidente consentía en prestar los primeros auxilios, pero sin cobrar estipendio alguno.

Los enfermos del hospital, que llegaban ya a trescientos, absorbíanle por completo, y aun así, necesitó tomar muchos ayudantes y requirió el concurso de un notable cirujano.

La primera vez que el joven médico hallóse ante un hombre, cuya vida pendía de sus manos, pobre ser inconsciente, abatido por los sufrimientos y trastornado por el dolor, la primera vez que después de reconocer la gravedad del caso que tenía ante sí, se vió obligado a apoyarse en los recursos de su memoria y de su ciencia para extender una receta, echóse a temblar de pies a cabeza. ¡Si se equivocara! ¡Si en vez de darle la salud le diese la muerte!

El segundo médico, un anciano de cabellos grises, le miraba sorprendido, preguntándose por qué un jefe vacilaba de aquella manera.

Al fin Korzof decidióse y trazó algunas líneas.

En el momento en que iba a enviar la receta al interno de servicio, dirigióse al anciano doctor, preguntándole:

— ¿Qué es lo que hubiera usted recetado?

El médico indicóle un tratamiento, y entonces Korzof, con una leve sonrisa, le mostró la receta que acababa de redactar.

— Es lo mismo que yo había pensado, dijo el viejo, pero a mí no se me hubiera ocurrido el baño que usted prescribe... Seguramente que esto ha de sentarle muy bien.

— Es un nuevo sistema, respondió Korzof, aquí aun no se emplea, pero ya llegará el día.

El tratamiento tuvo un magnífico resultado.

Dos días más tarde el enfermo, sentado en su lecho, comía con gusto un ligero potaje.

Korzof fué a buscar a su mujer y la llevó ante aquel buen hombre.

— Míralo, dijo. ¡A este hombre yo le he librado de la muerte!

Y se alejaron dulcemente, sin tocarse, sin hablar; pues su alegría era demasiado profunda para poder explayarse en palabras.

Pero no siempre fueron tan afortunados; la primera vez que hubo un muerto en el hospital Nadia pasóse el día llorando.

Durante dos meses, debido a una inmunidad casi milagrosa, todas las curas habían obtenido un éxito brillante, cuando de pronto, una epidemia llevóse en poco tiempo muchos enfermos.

Esto fué causa de que Korzof y su mujer se consolaran un tanto, pues les demostraba que las defunciones no se debían a error de tratamiento o a un descuido de la higiene, sino más bien a un estado endémico, contra el cual se sentían impotentes.

Poco a poco fueron acostumbándose a estas fluctuaciones de la mortalidad, que al principio tanto entristecieron a Nadia.

Ella habíase imaginado que nadie se moriría nunca en su hospital, pero entre la lejana posibilidad de estas cosas y su inmediata realización mediaba un abismo.

Al ver en las listas que consultaban todos los días las cruces que señalaban los desenlaces fatales, no sentía ya más que una tierna piedad hacia los infelices a quienes ni la abnegación de su marido ni la suya habían podido salvar.

No había más que una cosa que entristeciera realmente a la joven; parecía que el destino, creyéndola suficientemente atareada con el cuidado de tantos seres humanos, no quisiera concederle hijos.

Cuatro años habían transcurrido desde su matrimonio, cuando por fin tuvo la dicha de sentirse madre de un hijo.

Al año siguiente tuvo una hija, considerándose desde entonces completamente dichosa.

Sus hijos crecieron a su lado, llenando de bullicio y de alegría aquellas espaciosas habitaciones del departamento que habitaban, que hasta entonces habían estado tan tristes; y cuando Korzof, fatigado o sombrío por la cotidiana lucha, volvía por la noche a su casa, completamente aislada, a fin de que nin-

gún peligro de contagio pudiese deslizarse a través de sus bien cerradas puertas, se encontraba con dos cabecitas rubias agrupadas contra el regazo de su madre, que le esperaban a la vez para darle el beso de bienvenida.

Así transcurrieron algunos años, tan dichosos como puede ofrecerlos la vida humana, que no está exenta nunca de celos y preocupaciones.

Roubine iba a verlos a menudo, quejándose siempre de la distancia, pues él había conservado su casa patrimonial situada en el muelle de la *Cour*.

— Pero, papá, dijo un día Nadia, antes vivías tan lejos como ahora y no te quejabas nunca. Cuando se construía el hospital, venías dos veces al día.

— Estaba más cerca, porque yo era más joven, respondió filosóficamente Roubine; ya tengo los huesos duros, hija mía; he comprado un coche de muelles, y no me parece tan cómodo como las *telegas* de mi juventud. Esta es la vejez que llega, Nadia; no hay para qué ocultarlo, pero soy dichoso y no debo quejarme.

Y besando a sus nietos, que se apoyaban en sus rodillas, uno por cada lado, les dijo que se fueran a jugar; después acercó su sillón al de su hija.

— Me alegro de que no esté tu marido, porque tengo que hacerte algunos reproches, Nadia, dijo el príncipe bondadosamente. Ya sabes que nunca te he regañado mucho y que desde que te has casado no he vuelto a regañarte más, a pesar de que tengo motivos para censurarte; pero no tengas miedo, que no te lo diré más que a ti sola.

— ¡Dios mío, papá! ¿Qué te he hecho yo?, exclamó Nadia cruzando las manos con estupefacción.

— Voy a decírtelo: tú vives muy dichosa con tu marido y con tus hijos, haciendo todo el bien que puedes; hasta creo, ¡Dios me perdone!, que señalas pensiones a tus enfermos cuando salen del hospital.

— No a todos, papá, dijo la joven sonriendo, únicamente ha sido a dos o tres...

— No, si no es eso lo que te critico, replicó Roubine riéndose también, puesto que yo mismo participo de estos extravíos, protegiendo a uno de los que os deben la vida. Pero tú, concentrada en tu felicidad y en la vida de familia, no te das cuenta de que la condesa de Korzof no frecuenta la sociedad y que dejas que te olviden hasta los que han sido tus mejores amigos. Sin ir más lejos, antes de ayer, al hacer la princesa Aduief la lista de invitados para su próxima fiesta, alguien pronunció tu nombre. ¿Y sabes lo que respondió la princesa? «¡Oh! ¡no vale la pena de invitar a Nadia! ¡no va a ninguna parte!».

— Y es verdad, papá, porque el mundo a mí no me divierte. Frecuento las casas de mis amigos, pero no asisto a sus fiestas. ¿Acaso no es preferible esto antes que dejar solos a mis hijos?

— Ahora tienes razón, pero dentro de doce o catorce años, cuando tu hija esté en edad de contraer matrimonio ¿con quién la casarás?

— ¡Oh! ¡papá! ¡qué prisa te corre ser abuelo dos veces!

— ¡No lo creas!, pero contesta a mi pregunta: ¿con quién casarás a tu hija?

— Con el hombre a quien ame, respondió la joven madre con vivacidad.

— Perfectamente. Pero, dime, ahora que ya conoces un poco la vida y que has tenido ocasión de ver a algunos que desde muy abajo se han encumbrado hasta la cima de la escala social, como decís ahora, ¿le darás tu hija admirablemente educada, a uno de esos hombres que han cultivado su inteligencia pero que sus modales y costumbres continúan siendo groseros? He visto comer en tu mesa a uno de vuestros internos, el cual a pesar de tener mucho talento como asegura tu marido, no se limpia nunca las uñas que gastan luto perpetuamente... ¿Te gustaría uno por el estilo para marido de tu delicada Sofía? ¿Aceptarás por nuera a una joven que tenga modales de criada aunque sus cualidades morales sean muy grandes?

Nadia bajó la cabeza no sabiendo qué responder.

— Ya ves, hija mía, que antes, cuando proclamabas tu intención de elevar hasta a ti a un hombre del pueblo, y yo me rebelaba interiormente contra esto, tú creías que era mi abolengo el que me hacía hablar así... Y no era esto, sino un sentimiento muy complejo, muy difícil de explicar. Los años me han enseñado a vivir, si hija mía también a mí, a pesar de mis cabellos blancos, que entonces eran grises; pero ahora ya sé lo que me inspiraba aquella instintiva repugnancia y era la falta de esa educación que recibimos cuando niños; esos principios de elegancia, y hasta ¿por qué no decirlo? de limpieza y aseo que inculca a sus hijos una madre bien educada y de buenos pañales.

(Se continuará.)

LA GUERRA EUROPEA. - MANIFESTACIONES PATRIÓTICAS



París. - Manifestación de los alsaciano-loreneses ante la estatua de Estrasburgo. (De fotografía de M. Branger.)

de Diest, Hasselt y Dinant. De todos ellos, este último es el que ha revestido mayor importancia, pues duró doce horas, y aunque los alemanes lograron entrar en la citada población, hubieron de abandonarla en seguida ante el ataque del ejército franco-belga.

En previsión de un posible ataque, las autoridades militares de Amberes han ordenado la destrucción de cuantos obstáculos pudieran dificultar en los alrededores la defensa de la plaza y la tala de todos los árboles de aquella riquísima campiña. Entre los edificios destruidos a consecuencia de esta orden cuéntanse castillos, hoteles, quintas, algunas verdaderamente magníficas, y las grandes fábricas de papel de Wellebraeck. Se calcula en 300 ó 400 millones de francos el valor de las propiedades destruidas por los belgas desde el principio de la invasión alemana para atender a la defensa del territorio.

Las tropas francesas han terminado su uniónal ejército belga por Charleroi.

Los franceses avanzan por la Alta Alsacia, habiendo ocupado varias poblaciones, entre ellas Santa María de las Minas, capital de cantón, y ganan terreno en los Altos Vosgos.

En las fronteras ruso-austriaca y ruso-alemana no ha habido hasta ahora ninguna operación importante. Según noticias facilitadas por nuestro ministro de Estado, Rusia pondrá dos millones de hombres en las fronteras de Alemania y Austria y un millón en la de Rumania, y tendrá tres millones como ejército de reserva.

El gran duque Nicolás, generalísimo del ejército ruso, ha dirigido a los polacos la siguiente proclama:

«Polacos, ha llegado la hora de poder ver realizado el sueño sagrado de vuestros antepasados. Hace siglo y medio que el cuerpo vivo de Polonia fué deshecho en pedazos; pero su alma no murió. Vivía en la esperanza de que llegase el momento de su resurrección y de su reconciliación fraternal con la gran Rusia.

»Las tropas rusas os traen la nueva solemne de esta reconciliación. Que el pueblo polaco se unifique bajo el cetro del Zar de Rusia; bajo este cetro renacerá Polonia libre en su religión, en su lengua y en su autonomía.

»Rusia espera de vosotros que respetéis los derechos de estas nacionalidades a las cuales la historia os ha unido.

»Con el corazón abierto y la mano fraternalmente tendida, la gran Rusia os sale al encuentro.

»La espada que hirió a sus enemigos en Grönerwald no está enmohecida todavía.

Desde las orillas del Océano Pacífico hasta los mares septentrionales marchan los ejércitos rusos y la aurora de una nueva vida empieza para vosotros.

»Que en esta hora resplandezca el signo de la Cruz, símbolo del sufrimiento y de la resurrección de los pueblos.»

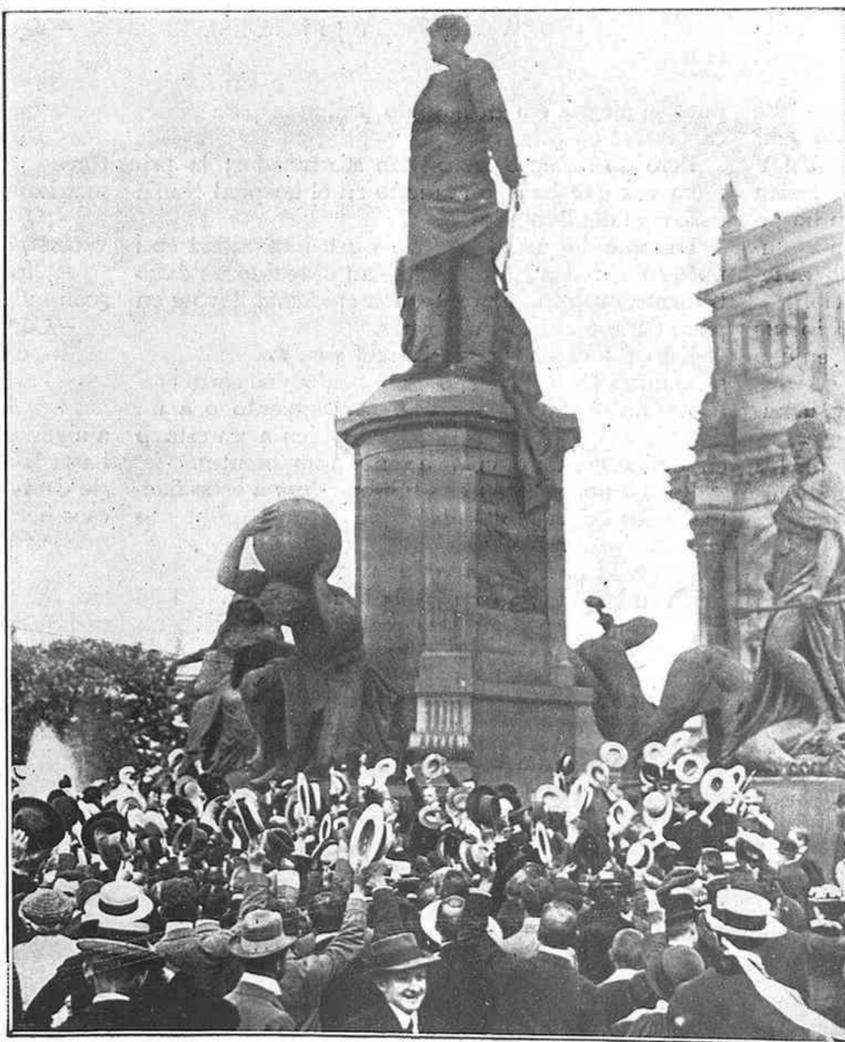
Por si la situación internacional estaba poco complicada, ha venido ahora a agravarla el ultimátum dirigido por el Japón a Alemania y que contiene las siguientes conclusiones: el gobierno alemán retirará inmediatamente de las aguas japonesas y chinas todos los buques de guerra que tiene en ellas o los desarmará completamente; Alemania evacuará en el plazo improrrogable de un mes los territorios que ocupa en Kiao Tcheu; el gobierno japonés entregará en determinadas condiciones este territorio a China.

Según parece, Alemania rechazará la petición del Japón y se desentenderá por ahora de cuanto pueda ocurrir en sus colonias, pensando en que si la victoria definitiva en Europa es suya, fácil le será resarcirse cuando se haga la paz de los daños y perjuicios que en aquéllas se le hayan ocasionado durante la guerra.

En Servia, los austriacos continúan el bombardeo de Belgrado y han logrado pasar el Save; pero los serbios han podido contener su avance, del mismo modo que les han impedido hasta ahora atravesar el Danubio, habiéndose librado entre unos y otros reñidísimos combates.

Italia, firme en su propósito de permanecer neutral en la actual contienda, está procediendo a la movilización de sus tropas con objeto de poder defender mejor su neutralidad.

En previsión de la gran batalla que todo el mundo considera inminente, el



Berlín. - Manifestación ante el monumento de Bismarck. (De fotografía de C. Delius.)

LA GUERRA EUROPEA. - REPATRIADOS ITALIANOS Y ESPAÑOLES



Chiasso. - Repatriados italianos en la frontera de Suiza e Italia esperando los trenes que han de conducirlos a su patria. (De fotografías de Argus.)



Barcelona. - Repatriados españoles procedentes de Francia acampados en el paseo de Isabel II y que fueron transportados a sus respectivas provincias, después de haber sido convenientemente socorridos por el Ayuntamiento, el Gobernador Civil y la Junta de Protección a la Infancia. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

ministro de la Guerra de Francia Sr. Messimy ha enviado a los periódicos franceses una carta cuyo objeto es preparar la opinión a fin de que no extrañe las contradicciones que necesariamente habrán de observarse en las noticias que

de aquélla se reciban, tratándose de una acción cuyo frente no bajará de 600 kilómetros y en la que tomarán parte varios millones de hombres y se dará seguramente el caso de que los vencedores en un sitio resulten vencidos en otro.



S. M. el emperador Guillermo II de Alemania

El Emperador Guillermo II, íntimo

POR D. Juan B. Enseñat, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EDICIÓN ILUSTRADA

La presente guerra europea ha venido a dar un palpitante interés de actualidad a esta obra que ya obtuvo extraordinario éxito a raíz de su publicación, todavía reciente.

En ella encontrará el lector la explicación de muchas cosas que en el actual conflicto y principalmente en la acción germánica han sorprendido, desde el primer momento, y sorprenderán sin duda aun mucho más a los que no estén iniciados en ciertas interioridades de la política alemana ni en el íntimo modo de ser de Guillermo II.

En esta obra se presenta al Emperador en su intimidad más desconocida y en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Con el monarca, se da a conocer la corte que en torno de él se mueve, y, al relato de anécdotas curiosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dignas de excitar vivamente la más legítima curiosidad.

Un tomo lujosamente encuadernado e ilustrado con profusión de grabados. Precio, 6 pesetas.

MELILLA. - EXÁMENES EN LA ESCUELA INDÍGENA. (Fotografías de Lázaro.)



Niño moro examinándose de Geometría

Recientemente se han celebrado los exámenes anuales de la Escuela indígena de Melilla, importante centro de enseñanza creado hace siete años por el ministerio de Estado y dirigido desde su creación por el entusiasta e incansable profesor y notable arabista D. Francisco Sampere Boronat.

El acto fué presidido por el teniente coronel de Estado Mayor, segundo jefe de la Oficina Central Indígena de esta Comandancia General, D. Rafael Capablanca, formando parte del Tribunal calificador el comandante de infantería de dicha oficina D. Adelardo de Lacalle, jefe del Negociado de Instrucción indígena, asistiendo al acto el teniente vicario castrense, inspector de las Escuelas públicas de la Junta de Arbitrios D. José Motilla, el primer teniente de infantería D. Carlos Lázaro, y el director y profesores auxiliares de la Escuela, concurriendo también representantes de la prensa local y de la Cámara oficial de Comercio y algunos padres de los alumnos.

Con todo el detenimiento y rigor que marcan los programas vigentes de la enseñanza elemental y superior, fueron examinados la mayor parte de los 45 alumnos presentes, contestando debidamente a cuantas preguntas les hacía el tribunal referentes a la Gramática castellana, análisis gramatical, conjunción de verbos regulares e irregulares, escritura y traducción de párrafos en árabe, reglas de ortografía castellana, geografía general, física, astronómica descriptiva de España, Europa y África, diversos problemas de aritmética de números enteros, decimales y fraccionarios, raíz cuadrada, proporciones, contabilidad mercantil y ejercicios de geometría,



Alumnos que obtuvieron las primeras notas

Llamó muchísimo la atención del Tribunal calificador el espíritu militar que reina en esta Escuela, demostrando varios alumnos los conocimientos que poseen de las Ordenanzas del Ejército y sobre todo el respeto y su obediencia arraigados en todos que en el momento que eran llamados para el examen, se mantenían cuadrados sin hacer el menor movimiento.

Uno de los más jóvenes escolares, niño de unos ocho años, fué muy felicitado por la prontitud con que dijo los nombres y tratamientos de Su Majestad el Rey, Alto Comisario en Marruecos, comandante general y coronel inspector de la Escuela.

Terminado tan brillante acto, se procedió a la calificación y distribución de premios, obteniendo el siguiente resultado:

Sobresaliente y primer premio, consistente en diez pesetas, un reloj con cadena y dos libros, adjudicado a Mimún Ben El-Mojtar.

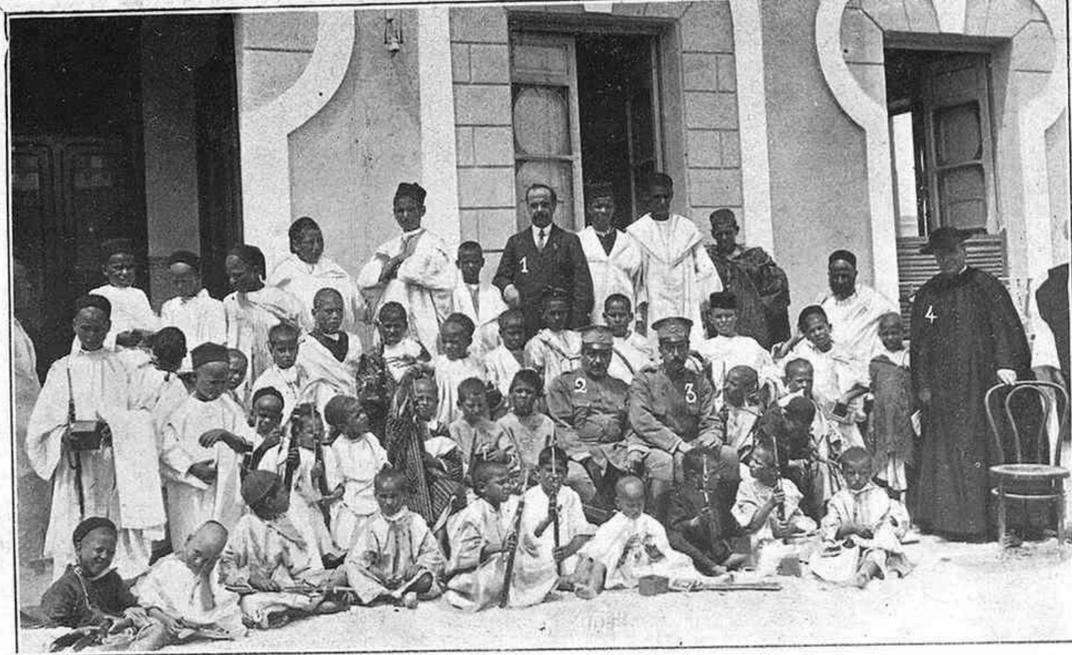
Sobresalientes y dos premios: con un reloj con cadena y dos libros. - A Mohámed Ben Boazar, Mohámed Ben Abd Alá y Mohámed Ben Butieb.

Notables y tres premios: un par de babuchas y dos libros. - A Mohámed Ben Aomar, Mohámed Ben Mohand, Ahmed Ben Mohámed, Mimún Ben Mohámed, Aumeruch Ben Aomas, Ahmed Ben El-Hach y Buzián Ben Mohámed.

Bueno: 10 alumnos y cuatro premios, consistentes en camisas y libros.

Aprobados: 24 alumnos y cinco premios, en camisas y juguetes.

También se distribuyó a cada alumno un bolsito con bombones y anises. Así el presidente del tribunal como los demás concurrentes felicitaron calurosamente al director y profesores de la Escuela por el estado y grado de cultura que acababan de demostrar los alumnos.



Grupo de alumnos de la Escuela indígena, después del reparto de premios. - En él están también el profesor don Francisco Sampere (1), el teniente coronel Sr. Capablanca (2), el comandante D. Adelardo Lacalle (3) y el vicario castrense D. José Motilla (4).



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.

Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hípico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ, ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN